

UN HOMENAJE DE
MANUELA CARMENA, NURIA GAGO
MANUEL JABOIS, MARWAN, MIKI NARANJA
ISAAC ROSA y MARTA SANZ

MADRID

ILUSTRACIONES DE **NADER SHARAF**



MADRID
MADRID
MADRID
MADRID
MADRID
MADRID
MADRID
MADRID

Edición en formato digital: septiembre de 2020

© 2020, Manuela Carmena, Núria Gago, Manuel Jabois, Marwan,
Miki Naranja, Isaac Rosa y Marta Sanz, por los textos.

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, Nader Sharaf, por las ilustraciones

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-02-42447-1

Compuesto en Comptex & Ass., S. L.

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

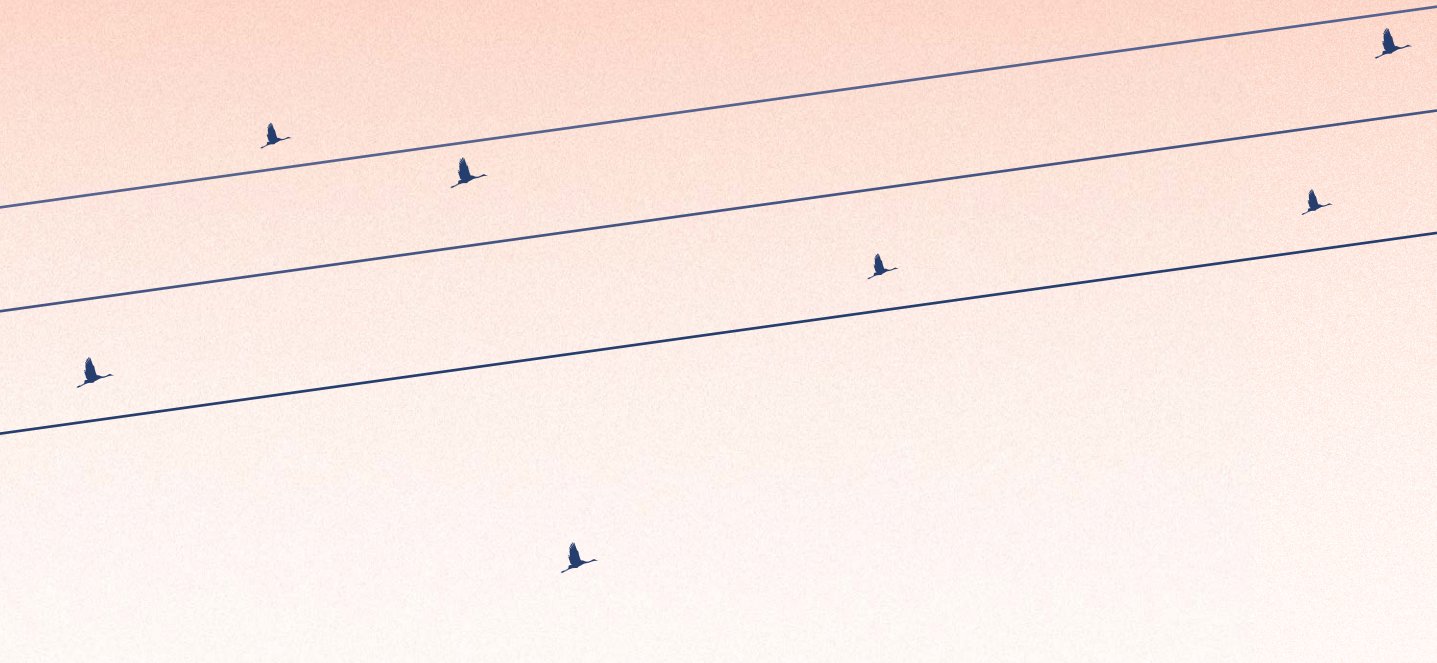
www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

MADRID
MADRID
MADRID
MADRID
MADRID
MADRID
MADRID
MADRID



MANUELA CARMENA



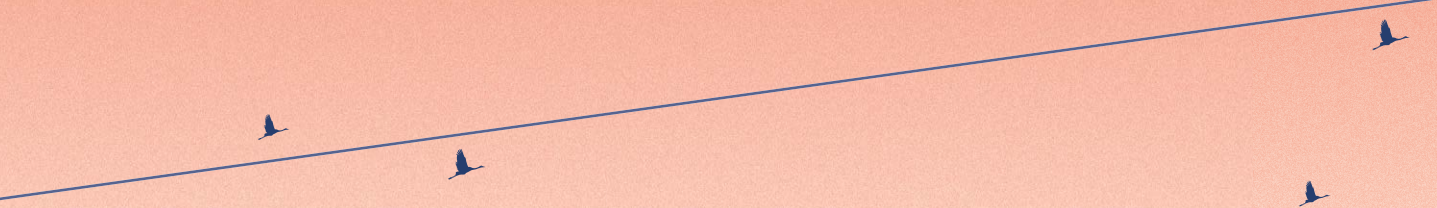
Madrid: ciudad del abrazo

En Madrid se habla en la calle, en los transportes públicos, en los comercios y sobre todo en los bares. Hay muchos bares, bastantes más que en otras ciudades.

Sé lo que digo. Lo digo ahora con conocimiento de causa. Tiene mucho que ver con mi percepción, como alcaldesa, del comportamiento de los madrileños en los espacios públicos. También sin duda por no haber sido una alcaldesa al uso y sí por haber sido muy de calle y además muy charlatana.

He hablado con muchos y muchas, en la calle, en los trans-





portes públicos, en los parques y casi en cualquier lugar. En todo tipo de circunstancias.

Puede que si yo no tuviera el nivel de conocimiento de los madrileños que he adquirido, no tendría la misma percepción. Estoy sin embargo segura de que si Madrid no tuviera ese talante comunicativo tan singular, no habría sido posible que se hubieran producido con tanto júbilo las conversaciones que sin duda yo propicié, pero a las que los madrileños se lanzaron y a las que tanto contribuyeron.

Por ejemplo, la semana pasada (no siendo ya alcaldesa) me pararon dos señoras mayores en la calle de Santa Engracia. Muy mayores, o por lo menos así a mí me lo parecieron. Delgadas y frágiles ocupaban poco espacio físico en la acera, aunque su desparpajo resaltaba entre los demás que coincidían en ese momento en la calle. Llevaban un perrito pequeño.

«Te queremos dar las gracias —me dijeron—. Gracias a ti nuestro perro puede viajar en el metro.»

Me alegró sentir su satisfacción. Hasta el perro creo que también se sumó al entusiasta agradecimiento de sus dueñas.

Pero enseguida estas aclararon con rotundidad incuestionable: «Aunque estamos muy contentas por lo que has hecho, no te votamos ni te vamos a votar». «Es por eso de la ideología», añadieron excusándose, como pidiendo perdón.

Sonreí. Me encanta poder ser una interlocutora madrileña accidental, como lo he sido en tantas y tantas ocasiones.

¡Qué bueno es ese hablar nuestro! Quizá con cierto chauvi-

nismo, creo que tiene mucho de «madrileño». Es muy bueno poder decirnos lo que pensamos, ahí sin más, al cruzarse en nuestras calles, felizmente tan usadas y tan paseadas.

Reflexiono con fruición sobre todo lo que me dicen. ¡Qué descoloque! Qué desorden entender las ideas como la consecuencia de pertenecer a los «clubs» en que nos hemos encasillado y que nos enfrentan, simplemente porque hace años decidimos apoyar unos colores y no otros.

Qué pena no analizar el resultado de la gestión que inspiran las ideas y sustituirlo por la mera rutina de creernos siempre que pertenecemos a «los nuestros» contra los «otros».

Otro día, como casi todas las mañanas, voy en el metro. Se me acerca un niño de aproximadamente unos ocho años. Va preparado para el colegio con una mochila demasiado grande para su tamaño que sujeta su padre que lo acompaña. El niño se sitúa justo a mi lado y, muy bajito, para que solo lo oiga yo, me dice con una sonrisa dulce y tímida: «Sé quién eres. Eres Manuela».

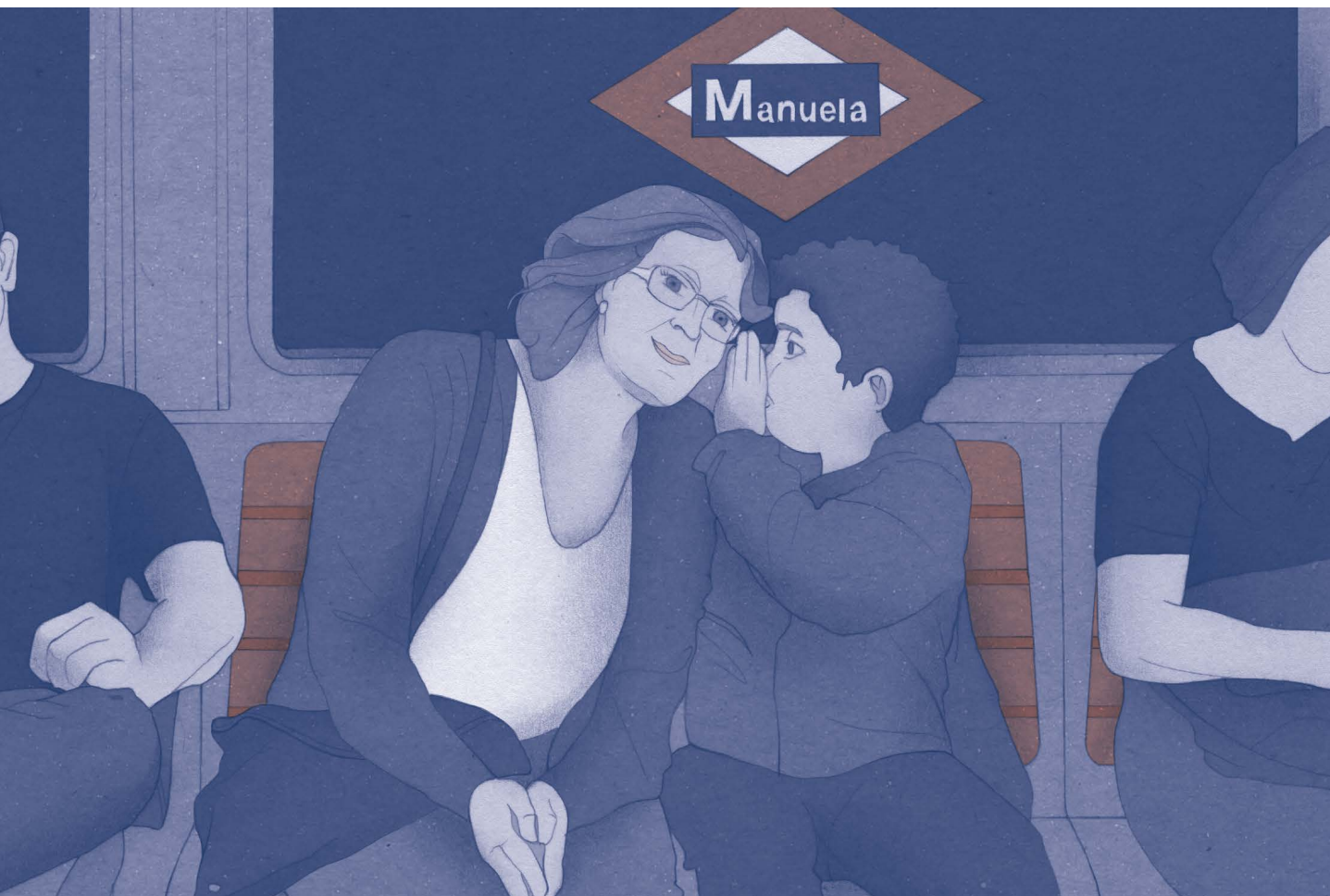
Ha entrado en la estación anterior. Lo he seguido con la mirada, pues no son muchos los niños que van en el metro y me gusta mucho observarlos. Veo que él solo ha tomado la iniciativa de saludarme.

Qué maravilla es que Madrid sea una ciudad en la que se pueda hablar sin conocerse previamente. Un marco en el que la conversación fluya como una posibilidad más del encuentro, tan característico y expresión de lo urbano.

Que a un niño no le intimide hablar a un adulto, aunque este sea una autoridad, es ya un logro. Otro más que el adulto pueda espontáneamente hacerle una caricia, sin que salten las alarmas del miedo irracional tan habitual en tantas otras grandes ciudades del mundo.

Es muy importante que precisamente los niños no pierdan ese hábito de hablar, de hablar en la calle, en las tiendas, en los parques.

Recuerdo haber sugerido, en los debates sobre transporte y movilidad, que se pensara en los niños como usuarios del metro. Hacerlo para ellos más acogedor, más seguro, más diverti-



do, más acorde en suma con una ciudad que se identifica con el encuentro y la fácil comunicación.

Convertimos entonces el abrazo en icono de Madrid. Lo fue durante los últimos años de mi mandato. Fue una buena idea. Bien reflejaba el espíritu, el carácter de Madrid, donde a nadie se le pregunta de dónde es, porque al estar, ya se es de Madrid.

El abrazo, según nos dice el diccionario, es el acto de rodear con los brazos a alguien o de hacerlo dos personas entre sí como muestra de afecto, cariño, felicitación, etc.

El abrazo es, sin duda, un poderoso gesto de fraternidad, de esa fraternidad que nos sitúa sin ningún género de dudas en la «familia humana» a la que con tanta belleza se refiere el artículo primero de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Dice un magistrado muy amigo mío que existe un derecho al abrazo. Los colegas le miran con perplejidad, pero yo no. Quizá podría ampliarse el concepto al abrazo virtual, pero el bueno es de verdad, el físico. Es el que permite sentir el contacto de los dos cuerpos que se unen. Este es el que puede convertirse en «santo y seña» de la incorporación a la ciudad, muestra y reconocimiento de esta entendida como expresión de comunidad, de grupo humano que encuentra en la ciudad las interrelaciones que precisa.

Madrid es la única ciudad de las grandes urbes que tiene un monumento expresamente dedicado al abrazo. Ubicado en la glorieta de Antón Martín, es la representación escultórica del cuadro del abrazo que pintó el genial genovés y que está, me

gustaría pensar que provocativamente, en una sala del Congreso. El monumento se erigió en homenaje a mis compañeros, los abogados del despacho de la calle Atocha que fueron asesinados por la extrema derecha el 24 de enero de 1977.

Singularidad de ese Madrid que no quiso hacer otra conmemoración que la de rendir homenaje a esa vida cotidiana, que es la que nutre la ciudad. Aquellos jóvenes abogados éramos un grupo de personas que, desde nuestro despacho, estábamos empeñadas en defender aquellos derechos que entonces se hurtaban a tantos. Apostábamos por mejorar la vida de Madrid, empeñadas en instalar la democracia en nuestro país y en nues-

